

abramos á nuestra vista la historia de todas las artes y las ciencias. El pintor y escultor admiran unos mismos rasgos, buscan un bello esencial en todos los siglos: el músico, el poeta, el orador, aspiran á un punto que, segun se acercan ó alejan de él, eternizan ó no eternizan su nombre: el filósofo, el matemático, el teólogo, todos alientan sus temores, endulzan sus sudores, aspiran á una aprobacion que esperan del juicio de un público, de una posteridad, de un tribunal, que á pesar suyo conocen y confiesan independiente de su arbitrio: Ciceron se empeña en ser poeta y no puede; Virgilio habla en prosa y lo hace tan mal, que no se atreve á publicarlo; Cervantes compone comedias, y se ve despreciado; perora el primero, poetiza el segundo, saca á luz su Quijote el tercero; y las oraciones contra Catilina, la Eneida, el Quijote arrebatan los ojos de todos, triunfan de sus émulos, se transmiten á la posteridad, como monumentos eternos del ingenio. ¿Qué es esto? ¿de dónde nace esta variedad en los ingenios? Confesémoslo, no ya estrechados de la Religion, ni de la metafísica, sino de la voz irrecusable de las ciencias privilegiadas con nuestro cariño. Hay un número, peso y medida, que fijó los objetos y leyes á todo cuanto existe; hay límites que la pasión ó los caprichos pueden ocultar á fuerza de prestigios; pero el tiempo, consumiendo acaloramientos, restituye sus derechos eternos á la verdad: hay en todas las artes, en todas las ciencias un esqueleto interno, sobre el cual pueden extenderse con mas ó menos elevacion los ingenios; pero ¡cuidado con herirle! porque en el momento mismo se desaniman y pierden su gracia los rasgos mas brillantes. ¡Oh artistas! ¡oh sabios! ¡oh ciencias amarradas desgraciadamente al carro abominable de la irreligion! ¿Porqué sois injustas? ¿porqué negais á la moral lo que defendeis tan cuidadosamente en cada una de vosotras? ¿en qué razon cabe censurar como invento, como capricho de la primera de las facultades unos límites, unas reglas que, recibidas de la naturaleza, no se niegan jamas á la mas vil de sus criadas? Mi ardor me saca de mí sin saber cómo, amigo mio, y á no ser por su bondad, aseguro á vmd. hubiera parado mas de una vez en el fuego cuanto llevo escrito. Vmd. disimulará, y sa-

cará de ello sino fruto, al menos escarmiento. Concluyo pues de todo lo dicho, que nuestra voluntad, aunque dueña de sí para resolverse y determinarse á obrar, tiene límites en su esencia, límites en su obrar, límites en los planes que debe seguir, sopena de perderse; que estos límites no la violentan ni perjudican su voluntariedad, aunque se ve en la precision de seguirlos; en una palabra, que esta determinacion nace de su seno mismo, excluyendo á veces no solo toda fuerza exterior, sino toda eleccion y arbitrio contrario; y vea vmd. lo que llamamos *necesidad*.

Como mi ánimo es poner cada cosa en su lugar, é ir redondeando, para explicarme así, unas ideas cuyo uso ha de sernos indispensable en lo sucesivo, conviene detenernos algun tanto en la consideracion de cada una, y aun contraponerlas para que la distincion fije con mas claridad el concepto. La *violencia*, como vmd. vió poco antes, suponía determinacion propia, y excluía toda opresion ajena; la *necesidad* supone igualmente la determinacion, y excluye no la violencia, sino toda otra eleccion; si á mí por fuerza me arrastrasen á pedir de puerta en puerta, se diría que la violencia me llevaba; pero si, no teniendo otro medio de comer, me voy por mi pié, y lo ejecuto, se dice y con razon, que me mueve no la fuerza, sino la *necesidad*. De aquí se infieren otros dos principios de sumo interes en la materia; el primero, que todos aquellos agentes incapaces de conocimiento y determinacion propia, no siendo voluntarios, no pueden experimentar la violencia ó necesidad; y si se dicen violentos ó necesarios, es porque se consuma en ellos una violencia ó necesidad tan relativa é impropia, como la idea de voluntario que se les aplica muchas veces: se sigue además la distincion que media entre *mecánico, natural, voluntario, violento, y necesario*. El primero pide fuerzas externas al agente, el segundo internas, el tercero internas con conocimiento y determinacion propia, el cuarto externas y contrarias ó ajenas de la determinacion del agente, el quinto externas é internas, análogas ó contrarias; pero tan fijas á un objeto ó rumbo, que excluyan la opcion á todo otro: de suerte que lo natural se opone á lo mecánico, en cuanto

este es externo ; á lo violento, en cuanto externo y contrario ó ajeno á su inclinacion ; á lo voluntario, en cuanto este añade conocimiento y determinacion que aquel no pide ; el voluntario incluye al natural, en cuanto ambos son internos ; excluye al violento, en cuanto contrario á su determinacion ; puede comprender al mecánico adoptando ó conformándose con la determinacion ajena ; no repugna la necesidad cuando nace de su naturaleza misma, ó se conforma á su determinacion, aunque venga de afuera. Finalmente, el mecánico nunca puede ser natural, ni lo violento voluntario ; pero el mecánico ó externo, el voluntario y necesario, son compatibles entre sí. Tenemos pues que la voluntad excluye toda violencia ó necesidad nacida de ella ; pero es compatible y aun necesita ciertos límites, segun arriba dejamos indicado. Pero esta necesidad ¿ debe ser tal, que excluya toda eleccion ó determinacion propia ? El hombre subordinado entera y absolutamente á leyes establecidas antes de nacer, ¿ debe seguir necesariamente unos caminos, sin arbitrio para mudarlos ó alterarlos ? Vea vmd. aquí, amigo mio, el extremo de los fatalistas, extremo tan distante de la verdad, como la extension sin límites de nuestra voluntad, que combatimos poco antes. Consiguientes en nuestro plan deduciremos la verdad con la rectitud posible : encargo á vmd. toda la atencion, porque este es el punto donde se deja ver la libertad que vamos buscando.

Así como el agente natural se opone al mecánico, y el voluntario al violento, así el *libre* se opone al *necesario*. Este determina tan imperiosamente que no deja lugar á respirar en contrario ; fija los objetos tan decididamente, que no deja ojos para mirar otros ; prescribe los medios con tal resolucion, que no deja modo de declinar á la derecha ni á la izquierda, pero lo hace todo con un peso interior que la voluntad halla ó produce dentro de sí misma, sin violencia exterior ó repugnancia propia. Estas trabas pueden provenir de tres causas : 1<sup>a</sup> de la inclinacion interior de la voluntad ; 2<sup>a</sup> de la perfeccion del entendimiento ; 3<sup>a</sup> de la perfeccion misma del agente. Algunos ejemplos explicarán mi concepto. Si la mano del pintor naciera no solo apta para moverse

á las órdenes del arte, sino inclinada sin mas regla ó direccion que su movimiento mismo, como la piedra se dirige ciegamente al centro de su gravedad, esta inclinacion haria que la pintura fuese natural y necesaria. ¿ No es así ? Demos que la mano conociese lo que hacia, igualmente que la necesidad con que lo ejecutaba ; sería voluntario, pero no por eso perdería un punto de su necesidad. Nació inclinada generalmente á ejecutar varias obras dentro de ciertos límites ; pero la obra, los medios, etc., no están determinados por la naturaleza ; hé aquí á la mano instrumento de unas acciones libres. El pintor no puede hacer que la mano vea, oiga, perciba las sensaciones del olfato ó gusto ; es decir, hay ciertos límites de donde no puede sacarla : ¿ luego no es libre cuando pinta ? Solo un loco puede asegurarlo ; porque el que la atraccion no se extienda á una legua, no es prueba de que no existe dentro de su esfera. Este es, pues, el orden admirable de la naturaleza ; si aparece escasa alguna vez, es para enriquecernos mas abundantemente, al modo que el percusor retira la mano para herir con mas fuerza. A todos los seres naturales cosió, digámoslo así, sus fines y medios á las mismas fuerzas ; llegó á la voluntad humana, é imprimiéndola una inclinacion natural al bien en comun, no la imprimió fines, medios, etc. ; pero en su lugar la dió otra facultad de conocerlos y buscarlos : esta facultad es el entendimiento, y estamos en la segunda causa de la *necesidad*.

Así como la voluntad tiene una tendencia natural al bien, el entendimiento se dirige, como el iman, á un objeto, á una conformidad entre sus ideas y las cosas, á una luz que llamamos conocimiento. Este conocimiento, director ó piloto de la voluntad en la inquisicion del bien, debia ser mas determinado que aquella, atendiendo por este medio á evitar dos escollos igualmente peligrosos. 1<sup>o</sup> El de una inaccion consiguiente á la exclusion de toda determinacion ; 2<sup>o</sup> el de una necesidad absoluta, semejante á la de los seres irracionales. Hay un cierto pez que llaman *pina*, el cual metido en su concha no sabe mas que cerrarla y abrirla ; pero la naturaleza haciéndolo ciego, le proporcionó un lazarillo perpetuo que llaman *esquila* ; yendo este siempre á su lado, abre la

concha sus puertas, se entran incautamente los otros pececillos, y entonces el bueno de esquila muerde al compañero, cierra este la concha, y parten entre los dos el sustento. Así me figuro yo á la voluntad, amigo mio; deseosa del bien, como de su sustento, no le conoce, pero sabe abrir y cerrar sus brazos para asirle, y tiene un lazarillo que es el entendimiento de quien se sirve, y con el cual parte la ganancia; el entendimiento conoce el bien, y la voluntad ama la verdad, y ambos á dos comunican entre sí sus provechos y utilidades con un concierto tan admirable, como desconocido de nosotros. Diga vmd., pues, amigo mio: ¿si se engaña el pececillo y le muerde cuando entran cantos ó tierra, ó cuando no entró nada, dejará el otro de cerrar sus conchas? ¿no será natural esta accion á pesar del error? Seguramente. Pero en llegando á comer la presa, conocerá su engaño, y se desvanecerá todo el prestigio. Así el entendimiento puede engañarse, puede tomar el bien por mal; pero la voluntad, amándole, descarriada busca siempre su objeto, y el vacío mismo la hace conocer con el tiempo el chasco. ¿ Con que la naturaleza cegó á la voluntad y la dió por lazarillo al entendimiento? Luego este guarda con ella relaciones esenciales, que es necesario conocer y deslindar, para saber exactamente el modo de obrar que sigue nuestra voluntad.

El pez de quien hemos hecho mencion ¿cierra sus conchas á fuerza de torno? No, sino por una fuerza propia; por eso es natural. ¿Lo precisa algun agente externo á cerrarla contra su inclinacion? Tampoco, y por eso no es violento. ¿Le mueve el pececillo *esquila* de suerte que sea la causa eficiente de la accion? No: le avisa, le dá á entender la oportunidad de lograr sus deseos, pero él allá se las entiende con sus fuerzas. ¿Qué es pues lo que le estimula? El deseo natural de comer, y le estimula tan poderosamente, que sentir el aviso y cerrar es todo uno. Hé aquí un movimiento natural, en cierto modo voluntario, y necesario al mismo tiempo, semejante á aquel amor ó ímpetu con que nuestra voluntad abraza al bien una vez propuesto por el entendimiento. Si este fuera incapaz de errar; si pudiera á un golpe de vista penetrar el objeto de la voluntad; si el objeto pudiera

comprenderse de una vez; si aprendido no pudiera perderse de vista en lo sucesivo; si la voluntad pudiera al primer aviso cerrar sus brazos y cogerlo para siempre, por demás estaban las dudas, las resoluciones, los medios, etc.: y cate vmd. aquí el estado en que los teólogos ponen á los bienaventurados. El entendimiento ve, y viendo aprende sin duda, sin temor, sin recelo de perder mas á su objeto; la voluntad ama y posee, y posee para siempre el suyo, y poseyéndole, ya no necesita de medios, como el que llegó á un pueblo no necesita andar preguntando ó eligiendo caminos; y así este amor es natural, es voluntario, es necesario, porque no puede menos de amar á su objeto una vez poseído; y vea vmd. como la perfeccion del entendimiento produce la *necesidad*.

Pero, amigo mio, esto que creen y esperan los preocupados, ni lo creen ni lo esperan los filósofos, y aun nosotros creyéndolo y esperándolo no lo vemos, ni lo tenemos aún, y así no estamos en el caso; nos hallamos como quien va á un lugar donde nunca estuvo, y lleva un guia expuesto á todos los inconvenientes en semejantes ocasiones; el guia sabe á donde vamos, pero como hay muchos lugares, como los caminos son diversos, como hay encrucijadas, como hay atajos, etc., etc., el bueno del conductor duda, compara, elige, propone, y el amo determina hacer esto ó lo otro, segun le parece; y vea vmd. aquí el caso de nuestra libertad. El bien es uno, pero los objetos que pretenden tenerle son muchos; y el entendimiento no vé tan perfectamente que asegure y necesite: el objeto es uno, pero está lejos y es necesario caminar á él, consiguiendo antes otros muchos, cuyo conocimiento y amor no es necesario; el objeto es uno, pero los caminos son muchos, los hay buenos y malos, derechos y torcidos; y esto produce un campo donde nuestra voluntad, á pesar de su inclinacion, necesita al bien, se determina á sí misma, unas veces á obrar ó no obrar, otras á obrar esto ó su contrario; otras á elegir entre diversos medios ú objetos el que ha de seguir, no pudiendo caminar por todos á un tiempo; y de aquí la libertad de *contradicion, contrariedad ó diversidad*, segun que los extremos de su eleccion son contradictorios.

contrarios ó diversos. Son innumerables los usos de estas ideas en todo ramo, y yo he querido dilatarme en sensibilizar su explicacion, para que no nos confundamos en materia tan interesante. Conforme vaya haciendo aplicaciones, verá vmd. que no es tiempo perdido el que hemos empleado en analizar de esta suerte los agentes naturales; ahora contraigamos brevemente la doctrina á nuestro asunto.

La libertad excluye trabas. — La libertad se opone á la determinacion, es cierto; pero con su sal y pimienta, señores míos. Todo agente inerte é indiferente, sin facultad que le resuelva, está en el último punto de oposicion con la libertad; porque ¿qué mayor esclavitud que ser y estar paráltico, y no tener quien lo mueva? Quiten vmds. á los agentes mecánicos, naturales, etc., las determinaciones, las trabas que regulan sus funciones, y disfruten á dos manos de la libertad que se siga. — El hombre es libre. — Corriente; pero ¿puede por eso mandar á su cuerpo que se tenga en el aire? ¿puede sujetar á su arbitrio las digestiones, ó dirigir sus órganos sensitivos, como el artífice maneja el hierro ó la madera en su taller? No: la libertad que buscamos no reside en la parte corpórea ó animal. El hombre, bajo estos aspectos, es un cuerpo, una planta, un bruto, cuyo usufructo está concedido á una facultad superior: sus órganos, sus miembros son instrumentos de sus acciones libres; pero no sujetos de la facultad que dispone de ellos bajo leyes fijas é independientes de su arbitrio. — El hombre es libre. — ¿Pero domina en un todo su entendimiento? ¿determina á su antojo los límites y objetos de esta facultad? ¿La dilata ó contrae según se le empareja? No: el entendimiento busca fuera de sí una verdad anterior é independiente del capricho humano: los primeros principios arrebatan de su seno un consentimiento que puede ocultar ó negar; pero poniendo sus labios en contradiccion con su interior, la conformidad del objeto con sus luces, la ilacion de las verdades remotas con las fundamentales, ofrece á su vista un orden que le delecta, y estrecha á conocer y confesar. — El hombre es libre. — ¿Pero su voluntad puede por eso determinarse al mal mirado como tal? ¿pende de su resolucion la

bondad ó malicia de su objeto, la mayor ó menor extension de sus fuerzas? No: el blanco de sus deseos está fuera, es anterior, es independiente de sus resoluciones; la inclinacion interior que le llama á él es tan inherente á esta facultad, que solo desprendiéndose de su sér puede desprenderse de ella; esta estimula á su entendimiento á buscarle; esta le acompaña en la averiguacion de los medios; esta necesidad es el fundamento, es la primera piedra donde estriba la verdadera libertad. Sin variedad de objetos, sin indiferencia á ellos, sin facultad para determinar esta indiferencia no puede haber libertad. ¿Y qué facultad elegiría sin cierta inclinacion ó peso natural que la moviera á hacerlo? ¿sin cierto fin ú objeto que la sirviera de blanco en su eleccion? Hé aquí, pues, donde aparece la verdadera libertad del hombre. Observando las leyes del universo, es un verdadero espectador, sin mas dominio que el de sus ojos; obrando cómo cuerpo ó vegetal, es un agente físico: en su tierna edad, en la demencia ó locura es un voluntario impropio como los demás brutos; conociendo lo que obra, y determinándose á sí mismo en el obrar, es un agente voluntario: amando el bien en comun, obra por necesidad: todo cuanto, guiado de este impulso comun, y dirigido por el entendimiento, obra ó no obra, hace esto ó aquello, sigue este ó el otro medio, entonces obra como libre. Y vea vmd. aquí las trabas que excluye la verdadera libertad, dónde y en qué términos las excluye. Buscar la libertad en lo físico, animal ó intelectual, es buscar peras en el olmo: buscarlo en la voluntad tan de lleno, que excluya todo límite ó determinacion que no sea suya, es buscar una libertad quimérica; buscar una facultad capaz de obrar, de seguir, de nivelarse por reglas racionales, eso es buscar una libertad, don y propiedad preciosa de la naturaleza.

Tenemos, pues, amigo mio, que la libertad se le concedió al hombre, no para formar, sino para cumplir el orden establecido en sus operaciones? se le concedió para que obrase con mas dignidad, no para que abusando de ella se envileciese: se le concedió para obrar, y obrar con conocimiento y eleccion de sus operaciones; para que siguiese el bien con el mérito de separarle y prefe-

rirle al mal; finalmente, para que, libre de trabas, siguiera las sendas de la virtud, no aherrojado como los demas seres de la necesidad, sino estimulado de su conocimiento y de la nobleza de su corazon. Considere vmd. á esta luz un don que tanto se adula, y de que tan groseramente se abusa en estos dias, y verá que la libertad no es una *letra abierta* para disparatar sin responsabilidad alguna, no un navio puesto en medio del mar á palo seco á direccion de los vientos, sino una facultad, que en compañía de las demás, debe dirigirse á objetos determinados; debe regularse por la razon; debe disponer de sí bajo ciertos presupuestos y reglas determinadas, sopena de perderse y destruirse. Esta facultad puede considerarse en sí misma, y entonces es un don natural concedido á todos los hombres: puede mirarse con relacion á los diversos estados en que el hombre se halla, ó reglas que le dirigen, y tiene vmd. otro punto de vista tanto mas digno de atencion, cuánto mas próximo á nuestro asunto.

La direccion, las reglas que moderan á nuestra libertad no la destruyen; la suponen, la perfeccionan, la guían, se adaptan á ella tan ajustadamente, que la libertad sin leyes es perdida, y las leyes sin libertad son ridículas y nulas. La naturaleza misma de esta facultad indica que fué concedida para obrar: que hay un campo vastísimo donde ejecutar sus fuerzas; que no puede obrar ni ejercerlas sin un conocimiento que las dirija. ¿Y dónde está este caudal de luces tan completo en el hombre, que baste á dirigirle en medio de tanta variedad? ¿Este lazarrillo, este consejero concedido por la naturaleza á todos y cada uno de los hombres libres, ¿fué tan autorizado en un principio, que por sí y ante sí forme de la cruz á la fecha todo el plan? ¡Desgraciado mundo, si cada uno siguiera el dictamen de su director! Aun recibiendo de mano ajena los primeros principios, andamos como andamos. — Pero ya que no le dió facultades, debió darle instrucciones terminantes. — ¡Mire si se las dió! ¿Cuándo sino, nos hubiéramos convenido en unos mismos sentimientos? — ¿De dónde pues tanta diversidad y contradiccion en infinitos puntos? — De que no se le instruyó tan universal y determinadamente que

descendiese á todas las aplicaciones y menudencias; y por eso á proporcion que nos alejamos de los primeros principios, ó se complican las circunstancias, se aumenta el embarazo en las resoluciones. — *Luego* dejó imperfecta su obra, sacándole del puerto, y abandonándole en alta mar, y por consiguiente nos hizo de peor condicion que á los otros seres. — Así discurre una razon tan amiga del acaso, como enemiga de la luz. Voy á manifestar á vmd. lo infundado de sus quejas con una sencilla demostracion. Sabe vmd. que hay tres clases de palancas, que los mecánicos llaman de primera, segunda y tercera especie, segun que el fulcro, resistencia ó potencia ocupan el medio de la palanca. De estas tres la primera puede equilibrar, aumentar ó disminuir las fuerzas; la segunda las aumenta, y la tercera las disminuye. Pues pudiendo echar mano de la segunda, echó mano la naturaleza de la tercera en los movimientos del hombre, como observan los físicos. ¿Diremos por eso que se empeña en mortificarnos y hacernos trabajar? Muy ignorante seria el que lo dijera. La naturaleza intentaba el movimiento y hermosura en la organizacion del hombre: la palanca de tercera especie contribuia mas á esta segunda, y la eligió, dando por otra parte fuerzas que no necesitaba economizar, y logrando de esta suerte ambos fines con una perfeccion que todos vemos, y pocos tienen ojos para admirar y agradecer. Hé aquí un caso semejante al nuestro. Debía hacernos uniformes y libres en el uso de nuestra voluntad: fijó los principios, y logró lo primero; dejó á nuestra inquisicion las verdades remotas; pero nos dió facultad y medios para conocerlas, y tiene vmd. cumplidos admirablemente ambos designios. Como si lo viera, me salen al encuentro los señores filósofos con una demostracion evidente en tanto grado, que nos ha de sudar el hopo para resolverla. Porque si la naturaleza, escaseando la enseñanza, dió al hombre facultad para adquirir por sus puños lo que le habia escaseado, abriéndole, digamos así, una campaña donde se coronara de gloria, ¿de dónde tanta riza, tanta ignominia? El hombre en primer lugar sale de sus manos tan rudito, que Dios le bendiga. Sus facultades se desarrollan á proporcion de los órganos cor-

porales, ó se quedan en mantillas para siempre, ó viene un aire que las vuelve á arrollar como sucede á los locos, tontos, etc., y me los deja á buenas noches. Demos que el desarrollo se haga sin estos estorbos. Sin saber cómo ni por qué, el uno se halla sin memoria, el otro de corto talento, el otro inclinado á lo peor, á uno le da por pintar, el otro parece que salió con el cincel en la mano, este poeta, aquel naturalista, el otro médico; en una palabra, ninguno sale para todo, y por lo común todos apetecen ser para lo que no nacieron. Tropiece cada uno con la horma de su zapato, ó con el destino mas apto á su ingenio, que no es poco conceder: tenemos un marmol en bruto que necesita enseñanza. Esto en las artes y ciencias, que en lo moral, pese á mi alma si los embarazos no llegan á la sumo. Sino díganlo tantas escuelas, tantas sectas, tantos libros, tanta zambra, tanta variedad de pasiones, de desórdenes, de vicios, que apenas hay partido tan acertado como soltar el mástil y abandonar á la ventura nave tan desgraciadamente atropellada. ¡Qué! ¿no es este el fruto de estos careos mas cargados de retórica y adornos que un burro de un gitano? ¿Ha visto vmd. alguna vez á una codorniz, que metida dentro de la red, cuanto mas se afana para salir, otro tanto se enreda en ella? Así el entendimiento rodeado de la verdad por todas partes forcejeará lo que quiera; pero sus errores mismos confirmarán la verdad, cuyo yugo pensaba sacudir. Decidme sino ¡oh filósofos ciegos é ignorantes! todos estos argumentos ¿qué son sino condenacion de esa igualdad natural, autorizada con los labios de testigos irrecusables? ¿Veis como esa libertad natural de donde la sacais, desprendida de los empeños del sistema, arroja por vuestros labios todo lo contrario? Observad en vuestras manos otros tantos pedimentos de una subordinacion, de unas leyes, de una potestad, de unos auxilios propios de la sociedad civil. Ved al hombre independiente, libre, igual á su semejante en el fondo de su naturaleza; pero dependiente, súbdito, desigual en el complejo de sus circunstancias, presentando á las puertas de la sociedad civil su libertad, no como autora, sino como dispuesta á recibir la informacion de sus leyes; no como maestra, sino como discípula; no

como limosnera, sino como necesitada de unos auxilios que, negados á ella, depositó en el estado social la naturaleza: esta le hizo desigual, para que no fuese solo; cercó de escollos á su libertad, para que fuese súbdito; le abrumó de necesidades, para que como otras tantas brújulas, le señalasen la sociedad civil, le condujesen á ella, y estrechasen con vínculos tan fuertes su interés con el de todos sus semejantes. De aquí nacen aquellos sentimientos tan vivos y tan fuertes que puse ante sus ojos en mi anterior. Esta consideracion sola puede autorizar aquellos sacrificios, á primera vista imprudentes, y aun contrarios al orden natural. El hombre sacrificando su mujer, sus hijos, y hasta su vida en obsequio de la patria, no ama á otro hombre mas que á sí: ama la reunion de todos estos deberes sobre uno ú otro en particular. El amor de la patria no es el amor de este ú otro ciudadano en particular; es el amor de un grupo en quien el ciudadano, el amigo, el pariente, los padres, la mujer, los hijos, nuestra misma vida y comodidades se conservan, con la que todos estos objetos tan queridos enferman ó se pierden. Entended bien esta leccion, hombres sin patria, á cuyos caprichos debe someterse el interés de todos los demás. Vuestra libertad natural es una cera que debe no sellar, sino ser sellada por las leyes é intereses de la sociedad; vuestra independencía natural es una propiedad que solo puede conservarse dependiendo del todo que formais, y ocupando en él el sitio que le destinó la naturaleza. Vuestra igualdad natural es un nivel, cuya conservacion está ligada á una colocacion desigual á la presión diversa, pero mútua, y sostenida de las columnas, como el de los fluidos. Vuestra libertad é independencía, é igualdad civil, es la natural misma, regulada, amparada, y conservada por leyes y propiedades tan del todo, como independientes de la materia que le forma. El hombre mirado en sí es agente natural, es sensitivo, es voluntario, es necesario, es libre; así como tiene ojos, oídos, manos, piés, cabeza, etc.; pero de todos estos simples no hizo la naturaleza un *miscetotum*, donde lo vegetal fuese sensitivo, y lo vegetal voluntario, y lo necesario libre; así como los piés no ven, ni la cabeza digiere, ni el estómago canta á *duo* los

villancicos de la noche buena. Los hombres son independientes, libres, iguales en cuanto á la naturaleza se considera en *abstracto*; pero como los abstractos á secas no tienen mas ser que el ideal; como en la naturaleza existen con otro centenar de relaciones que deben entrar en cuenta, sopena de errarla, aquí de Dios con tu igualdad, con tu libertad, con tu independencia<sup>1</sup>. Díganme por su vida, señores físicos, ya que la echan de tales; las máquinas estampadas en la lámina, constan de líneas, se forma el cálculo, y se saca una fórmula general tan hermosa como cierta. Pero ¡qué! ¿está ya todo hecho? Poco á poco. No es lo mismo menear la línea, la imaginación, el compás, que menear los palos ó hierro á que debe contraerse este mecanismo. Hay roces, hay resistencias del aire, hay humedad que encoge y estira las cuerdas, hay otro centenar de circunstancias que es necesario descontar de la fórmula, si no queremos quedarnos con un palmo de narices. Apliquen vmds. el cuento; los planes, las sociedades deben considerarse en abstracto. Santo, bueno é indispensable, y todo le que vmds. quieran. Pero *hæc oportet facere, et illa non omittere*. A este presupuesto conviene añadir la calidad de los singulares; porque sino dejaremos una república de Platon, ó una caballería andante como la de don Quijote, que nivelada por los libros, hallaba á cada paso con palos, mantas, candilazos, y otras mil partidas, que ni por asomos contaba con ellas Sancho Panza.

El hombre, pues, entra en la sociedad civil con todas estas condiciones, mas no todas entran igualmente. Lo que propiamente le hace elemento de la sociedad es la libertad; y como esta anda unida con sus compañeras, y necesita de ellas, como no hay libertad sin voluntad, ni voluntad sin alma, ni alma sin cuerpo, ni cuerpo sin sentidos, ni sentidos sin estómago, ni estómago sin extension, gravedad, etc.; como los hombres nacen de otros y necesitan de ellos; como todos necesitan víveres, vestido, casa, etc., tiene vmd. una sogá de consi-

<sup>1</sup> Todas las pruebas de Rousseau en su *Discurso sobre la igualdad de los hombres*, adolecen de esta enfermedad: hacen tránsito del estado *ideal* al *real*, y así son unos verdaderos sofismas.

deraciones necesarias, á menos que tratemos de disparatar. De suerte que el hombre debe mirarse como una pequeña familia fiada al gobierno de la voluntad; está cargado de obligaciones, debe cumplirlas; y no pudiendo lograrlo sino en la sociedad civil, debe entrar en ella, sopena de abandonarlas y perderse. Tiene vmd. pues, amigo mio, el analisis que le prometí; tiene vmd. al hombre medido con la escuadra de la naturaleza; y tanteado con los instrumentos masónicos, aparece dependiente, aparece revestido de una porcion de facultades, distintas entre sí, pero subordinadas, y enlazadas necesariamente con el material de la obra que tenemos entre manos. Ha visto vmd. desde la inercia misma de la materia, levantarse, como por grados, las fuerzas hasta llegar á la libertad: ha visto vmd. á los filósofos, sin mas testimonio que sus sentidos, estrechados hasta confesar en lo sustancial las verdades mas abstractas de la moral y metafísica: ha visto vmd. á la libertad fundarse sobre la necesidad, al modo que el sistema del mundo se funda sobre centros fijos y necesarios, que regulan todos los movimientos: ha visto vmd. á la libertad reclamar la dependencia, y condenar la igualdad, sirviendo de grada al órden: ha visto vmd. finalmente al hombre sacado de la cantera de su naturaleza en comun, y labrado como en piezas desiguales, dependientes, dispuestas á enlazarse entre sí, y formar la obra de la sociedad. Déjeme vmd. seguir mi masonería, que todo se andará. Quizá me tenga por molesto y difuso; pero la calidad de los literatos con quienes las hemos, su embrolla, y las circunstancias no permiten otro modo; con que así armarse de paciencia, aflojar la bolsa, que las obras ya sabe que se hacen deshaciendo la moneda, mucho mas si el albañil es tan tonto y pesado como su afectísimo de corazon.

F. L. Z.